

Luis de León y Manzoni la exquisita ternura, la delicadeza del sentimiento, la grandeza de la poesía religiosa. Nunca se contagi6 de modas literarias y ha sabido cumplir con perfecci6n el tan citado precepto de Ch6nier: "*Sur des pens6es nouvelles faisons des vers antiques.*"

Dos causas, en nuestro concepto, han influido para que las poesías del Sr. PEÑA no tengan la popularidad que merecen. La primera, que son clásicas y no pueden ser comprendidas y apreciadas por todos, y no porque su clasicismo consista en el frecuente empleo de nombres propios griegos y latinos, no por reminiscencias mitológicas, sino por la suma pureza, por el corte admirable de la estrofa, por la profundidad de los conceptos. La segunda, que el poeta, en su extraordinaria modestia, no ha querido coleccionarlas y se contenta con publicarlas en hojas sueltas que reparte á un corto número de amigos.

Para concluir. Plumas autorizadas juzgarán con acierto la labor poética del Sr. PEÑA; nosotros solamente hemos querido rendir un humilde tributo de admiraci6n al gran poeta lírico, que alejado del suelo natal, vive con su recuerdo y anhela su gloria y engrandecimiento. Poderoso ha sido su contingente: sus cantos serán siempre motivo de orgullo para la Patria y la delicia de cuantos amen el brillo de la lengua del inmortal Cervantes.

VIRGINIO RAMIREZ

---

## HORA DE GRACIA

Sentado en las gradas de la iglesia de cierto pueblo, un anciano al parecer desconocido de todos, tomaba reposo de un largo viaje. Era noche de fiesta. El pueblo se preparaba á celebrar la Nochebuena, y en grupos noveleros y abigarrados andaba por aquí y por allí, llenándolo todo con risas, cantos y salerosos decires. Se daban al olvido

cuitas y pesares, faenas y negocios, y sólo había un anhelo: asistir á las funciones que se preparaban; velar para ir á la misa de media noche; ver el Nacimiento, y luego en medio de fáciles diversiones, esperar á que viniera el nuevo día. La noche, de placidez incomparable, convidaba al regocijo, y el cielo tachonado de estrellas parecía complacerse en las alegrías de los hombres. El viento apenas levantaba rumor en los sembrados.

En aquella alegría general, en aquel acercamiento de corazones, el anciano parecía indiferente y se mostraba solo y como abrumado por honda pesadumbre.

Las campanas echadas á vuelo, anunciaban que iba á principiar la función de la noche. El órgano con sus notas acallaba el ruido de afuera. Cesaron el barrullo y las charlas. Las gentes, poniendo rostro devoto, entraban de prisa á la iglesia para quedar en puesto conveniente. El anciano había mirado por debajo de su ancho sombrero á los que pasaban á su lado sin encontrar cara que le fuera conocida y sin que ninguno hubiera dado muestras de conocerle. Los niños que se habían agrupado á su derredor, se apartaban asustados por su rostro fruncido y huraño, sus cabellos emblanquecidos y revueltos, y su grueso bastón.....

Cuando el anciano se convenció de que estaba solo y de que nadie lo miraba, dejó escabar un suspiro y levantó la cabeza.

Aquel anciano se llamaba Juan. En aquel pueblo se había mecido su cuna, habían pasado los años de su niñez y los primeros de su juventud, y acertaba á volver á él en el momento apropiado para que resurgieran en su memoria los recuerdos de su vida de niño. En la noche como aquella había asistido á la iglesia con sus padres y sus hermanos; no había dormido para ir á la misa del gallo; había participado, al calor del hogar, de los refrescos y golosinas de la fiesta; había llorado quizá, porque no se accedía á sus antojos y quereres, pero los mimos de la fami-

lia lo habían consolado. Y esto hacía ya tanto tiempo y todo había cambiado para él. El deseo de novedades y de fama, le había hecho dejar el terruño; abandonar á tantos seres queridos. El adiós de su madre había sido súplica y consejo.—Te vas de nuestro lado, hijo mío. Lléva mi bendición. Sé bueno para que seas feliz. Sigue siempre el camino del bien, si quieres tener tranquila la conciencia.—Estas palabras dichas entre abrazos, lágrimas y sollozos, impresionaron por de pronto á Juan, pero luego las puso en olvido. El roce con el mundo le fue transformando poco á poco, y de caída en caída, torció por las sendas del crimen. Y entonces, adiós sencillas costumbres; adiós afectos íntimos del alma.

Juan visitó muchos países, conoció muchas gentes y en esta noche, descorazonado y entristecido, volvía á su pueblo, después de tanto andar para ver una fiesta semejante á las que él había asistido de niño. Allí sentado, sin nadie á quien pudiera dar el dulce título de amigo, ni siquiera de compañero, dejaba vagar la mirada por todas partes, mientras su pensamiento se engolfaba en tristes meditaciones. En uno de los ángulos de la plaza la casa de sus padres, desmantelada y derruida, mostraba que hacía mucho que había desaparecido la mano solícita que la embellecía, y luego la escuela con su ancho patio de recreaciones y más lejos, esparcidos por la ladera los árboles de fruta, testigos de infantiles placeres, y allá en la llanura el río y por lomas y cerros innúmeras fogatas como de ejércitos en campaña. La escena era la misma, pero los personajes estaban cambiados. Sus padres habían muerto; no eran sus compañeros de escuela los muchachos que jugaban en la plaza y prendían hogueras y corrían á pillar carbones encendidos. El estaba allí, pero cambiado también; su juventud se había agotado y en su alma no había ni afectos, ni esperanzas. Conque en otro tiempo fui niño, se decía el anciano, y como los niños de hoy, tenía padres y hermanos que me amaban y como ellos vivía alegre y sabía orar y

era inocente, y hoy vago solo, y ni creo, ni oro, ni espero. ¡Ay mis padres! Cuán distinta mi suerte si hubiera seguido sus consejos. Sería feliz, tendría una familia que alegrara mi vejez, y niños que jugaran junto á mí, llamándome padre; no habría sentido los pesares de la conciencia, el frío de las cárceles; ni lo pesado de las cadenas. Pero ya no hay remedio. Es tarde, y mesándose los cabellos se puso en pie.

En la iglesia se oía el rumor del rosario. A los últimos cantos de salve, la concurrencia principió á salir, y la animación volvió á reinar en la plaza. Las madres con sus hijos de la mano tomaban el camino de sus casas, mientras los hombres en corros diferentes, hablaban de las excelencias de la fiesta.

El anciano había distinguido á un hombre como de su edad y que era, á no dudarlo, antiguo camarada. Llevaba como él emblanquecidos los cabellos, pero en su rostro se pintaban íntimas satisfacciones. Daba la mano á dos niños, nietos suyos, á quienes con mimos y agasajos convidaba á pasar aquella noche en su casa. Qué contraste, dijo el anciano. Yo no tengo á quien prodigar una caricia. Soy un desgraciado.

La iglesia acababa de quedar sola; en el altar todavía chisporroteaban las luces al pie de la Virgen y nimbaba su frente el humo del incienso. Dando un paso y otro paso penetró el anciano en el sagrado recinto. ¿Qué iba á hacer? No á rezar, porque había olvidado tal práctica. Iba sin duda á contemplar, por última vez, aquel lugar, guardador de tantos y tan íntimos recuerdos. Allí estaba el sitio que solía ocupar su madre. En las bancas puestas á lo largo de la iglesia, descubrió un nombre medio borrado: era el de su padre. Toda una generación se presentó á su memoria, y esa generación se había ido disgregando de allí poco á poco, para no volver nunca. El pesar más intenso se dibujaba en su rostro, y apresurando el paso, anduvo hasta detenerse al pie de la Virgen. Era la misma

que le había enseñado á amar su madre; la misma á quien él había ofrecido las primeras flores de Mayo; la misma que le había ayudado en sus cuitas infantiles, y siempre tan amable y siempre con los brazos abiertos. Clavó en ella sus miradas y la Virgen parecía sonreírle.

Como en sueño vio á su madre allí arrodillada que le miraba con ternura, siempre velando por su hijo é implorando para él perdón y consuelo. El anciano no pudo resistir la mirada de aquellas dos madres; sus rodillas cedieron y golpearon el pavimento; lágrimas copiosas brotaron de sus ojos, y lloró mucho, mucho. La hora de gracia había llegado.

El cura del lugar hacía los últimos arreglos para el día siguiente. El anciano, al verle, se incorporó y se dirigió hacia él. Padre, le dijo, poniéndosele de frente. Hace mucho salí de este pueblo, joven y creyente, y hoy vuelvo viejo y criminal. Quiero volver á ser bueno. Devuélveme, padre, ya que no la juventud del cuerpo, la paz del alma, y cayó sollozando en los brazos del sacerdote.

Entretanto, al pie del altar las luces seguían chisporroteando al pie de la Virgen, y afuera, por plazas y calles se oían alegres cantos de Navidad.

ÁNGEL MARÍA SAENZ

## REPRODUCCIONES

### EL SUICIDA

La luz del genio en su apacible cielo  
Para él brillaba con claror divino,  
Y, cual poeta, al fin de su camino  
Debió la gloria coronar su anhelo.

Pero amó; lo engañaron, y un consuelo  
Demandó en vano al porvenir mezquino;  
Cobarde ante el horror de su destino  
Rasgó de su existencia el frágil velo;